

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)

- Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

- Por tres meses en la Admon. . 15 reales
Por seis id. . . . . 28 »
Por un año. . . . . 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. . . . . 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

¡TÚ QUOQUE!

¿Lo habia de esperar yo de GIL BLAS, de aquel GIL BLAS siempre español, de aquel GIL BLAS tan discreto como republicano?

¿Cómo GIL BLAS no halla compatible el proteccionismo con la libertad y ve y ha visto largos años combatir, negar los derechos individuales á los defensores del libre-cambio!

Se admira de que los catalanes afirmen que se puede ser republicano y combatir el libre-cambio, y no recuerda que los Estados-Unidos, no solo lo afirman, sino que además lo prueban, y ve que ha habido ministros moderados sustentando la bandera del libre-cambio, y ve á Luis Bonaparte amparando el libre-cambio!

¿Mi GIL BLAS duda del republicanismo de Proudhon ó le toma por catalan acaso!

Eso si que me da lástima, y es para darla.

Sé que el amor á la libertad con todas sus consecuencias me llevó á mí mismo en otro tiempo á esa ofuscación misma, y por esta razón no puedo enojarme con el periódico que hoy pasa por detrás de un prisma cuyos efectos ópticos conozco.

Pero puedo lamentarme de que no haya visto aun lo que ahora acabo de poner ante sus ojos.

Pagar cuatro al español que me ayuda á sostener las cargas del Estado; al español que contribuye á pagar nuestra enorme deuda; al español que da su sangre y sus hijos por la patria; al español que nos hace partícipes de sus glorias y comparte nuestros quebrantos, me parece á mí más barato que pagar dos al que emplea esos dos en sostener cargas de otro Estado, en cubrir deudas ajenas, en costear ferro-carriles ajenos, en sostener guerras contra nosotros, en levantar el crédito y la gloria de otra nación.

Pero aun si no fuese más barato, ¿seria por eso menos patriótico, menos liberal?

Pregunta GIL BLAS si los proteccionistas queremos una república que coharte el derecho de comerciar al que no sea catalan.

No.

Comerciamos nosotros todos los españoles, que bien lo necesitamos; y por que queremos que comerciamos todos los españoles, nos parece oportuno imponer ciertas condiciones á los extranjeros que, aprovechándose de condiciones favorables que su país les proporciona para elaborar ciertos géneros, vengán á competir con los españoles que, por causas ajenas á su voluntad, no pueden vender tan barato.

Yo recuerdo á muchos escritores, de cuyo liberalismo no duda GIL BLAS; á escritores que no eran catalanes, los cuales pedían con razón un tratado literario entre España y otros países, para que las Américas españolas no se viesan inundadas de libros españoles impresos en el extranjero.

GIL BLAS de mis entretelas: si un fabricante inglés paga en su tierra menos contribución que Vd. en España; y paga allí los jornales más baratos que usted en España; y tiene más paz que Vd. en España; y transporta sus efectos con más rapidez y baratura que Vd. en España; y goza de más seguridad que Vd. en España; y produce más en grande y por consiguiente más barato, porque cuenta con el consumo

de su tierra y el de España; dígame Vd., GIL BLAS de mis entretelas, ¿qué culpa tiene ningún español?

¿Es culpa de los catalanes que paguemos mucha contribución; que no haya habido en España posibilidad de aprender; que los transportes sean imposibles en la mayor parte de la Península; que aquí no haya seguridad, ni paz, ni gran consumo; que América no sea para nosotros un mercado carero?

Aquí producimos poco, caro y malo; pero pagamos mucho, caro y malo. Y con comprarlo ajeno, aun tendríamos necesidad de producir menos.

Nadie sabe más bien que los catalanes lo que es un suelo pobre y estéril y un carácter poco activo; por esto mismo ni el Sr. Ruiz Zorrilla ni Vd. pueden aplicarles el desengaño que viene muy á cuenta para otros, y por esto mismo cultivan mucho su suelo y trabajan con afán, como GIL BLAS sabe, y si para estímulo patriótico se repartiesen premios á la laboriosidad, ¿cree GIL BLAS que serian los catalanes los últimos que los alcanzarían?

Si el género catalan es caro y malo, (cosa que no admito, pero lo doy de barato), ¿por ventura no son caros y malos nuestros gobernantes, y apéchugamos con ellos?

Voy ahora á decir á Vd., mi querido GIL BLAS, que erró al suponer que dentro de una república federal, no sucede que cada Estado abra ó cierre sus puertos á capricho, sino que el gobierno supremo es el que lo ejecuta, sometándose á lo que sobre este particular determinen las Cortes, como lo hace en todo lo que es objeto de tratados internacionales, y con esto le digo que dentro de la república federal no correrian mayor peligro que ahora las industrias españolas.

Fernando VII hizo puerto franco á Cádiz. ¿Le parece á Vd. liberal?

Los Estados-Unidos son proteccionistas. Inglaterra lo ha sido cuando era el país más libre de Europa. D. Luis Maria Pastor y muchos hombres de sus ideas políticas pelean por el libre cambio... Persuádase Vd. de que el emperador de Rusia puede muy bien ser libre-cambista, sin que al abrir sus costas y fronteras á los fardos, le comprometan en lo más mínimo á menoscabar su poder temporal y espiritual.

Ahora que amigablemente he dicho lo que debia como diputado republicano y como proteccionista, solo me resta asegurar á Vd. que no á pedir protección privilegiada para los catalanes, sino amparo en favor de cuantos producen riqueza en España vine á las Cortes Constituyentes; pero Vd. y el público son testigos de que jamás he suscitado en el GIL BLAS la cuestión sobre proteccionismo y libre cambio, respetando las opiniones de mis compañeros, y creyendo que debiamos dejar á un lado esta materia, sobre la cual hay disidentes en todos los partidos.

¿Debe ser este punto objeto de debate entre los redactores de GIL BLAS, en las columnas mismas del periódico?

Opino que no.

¿Quiere GIL BLAS ser órgano del libre-cambio en la prensa y condenar á los diputados catalanes y á todo republicano proteccionista?

Lo ignoro; pero vea Vd. el trance en que si así lo resolviera pondria á su buen amigo

ROBERTO ROBERT.

LOS MONÓLOGOS DEL REGENTE.

Vedle; allí está meditabundo y cabizbajo, con las manos en los bolsillos y el régio manto tirado hacia atrás.

¿Qué hace? Reflexionar en su suerte presente y en su destino futuro.

Se despierta muy temprano; sus casi cortesanos le dicen que eso es de mal tono, y que un casi rey debe dormir hasta las doce. Pero él tiene costumbres de soldado, y no puede estar en la cama mientras el sol se levanta.

¿Qué aburrido está!

—Señor, le dice uno de los suyos; ¿cómo lo pasa vuestra alteza?

—¡Mi alteza está cargada! responde; pero muy cargada de verse aquí metida como un tigre en una jaula.

Se pasea, se pasea, se pasea...

Todo se le vuelve pasear ó leer. Los días le parecen siglos; los minutos, horas.

—¿Qué objeto pudo tener el gobierno con hacerme el regalo de esta categoría? se pregunta asimismo. No lo comprendo; parece que esto sea una cosa precisa hoy en España!

Y vuelve á pasear.

—¿Quiere vuestra alteza el almuerzo? pregunta un casi cortesano con cierto temor. (Todos los reyes causan respeto: ¡es lo grande!)

—Sí, hombre; si; dadme de almorzar.

Y almuerza solo; ¡él que tuvo siempre tanto gusto en sentarse á la mesa con cuatro amigos!

Sus amigos andan por ahí muy ocupados. El Congreso les roba la mitad del tiempo.

—Hombre, dice el regente; ¿me deja Vd. ir un rato al Congreso?

—Señor... exclama el secretario. ¿Qué se diría?

—Deje Vd. que se diga; ¿qué más dá? ¿Es acaso alguna picardía ir al Congreso? Vamos, yo iré un ratito al salon de conferencias á echar un cigarro.

—Vuestra alteza sueña.

—¡No, hombre, no; pero aquí me aburro!... Vámonos á jugar al tute; venga Vd. acá.

—¡Señor!

—Pero ¡caracoles! de todo se asustan Vds.

—Señor...

—Dale con señor... Ya me va cargando eso. Ello es que estoy aburrido, que no hablo con nadie, que no vivo en el mundo, y que esto no me parece bien, ea.

Suena la campanilla.

Un criado anuncia al presidente del Consejo de Ministros.

—¡Me alegre! grita el regente. Que entre Prim, que entre en seguida. Ya tengo con quien hablar sin ambages ni rodeos...

Entra el presidente del Consejo de Ministros.

—Hola, Prim, ¿cómo va? le dice el regente tendiéndole la mano.

El presidente del Consejo se pone muy serio, y con esa gravedad de todo presidente que despacha asuntos importantes, exclama:

—Señor: los graves asuntos que vengo á consultar á la elevada inteligencia de V. A...

El regente se sienta muy mal humorado, y escu-

cha con todo el disgusto posible la relacion político-fúnebre que le hace el presidente del Consejo.

Despues tiene que firmar unos mil y pico de documentos.

Despues el presidente deja los papeles sobre el sofá.

—Vamos, dice el general Serrano, ¿se ha acabado ya el despacho? ¿Somos ya dos amigos? Ea, venga un cigarro, y le voy á contar á Vd...

El general Prim hace un gesto de desagrado, se levanta y dice:

—Estoy á las órdenes de V. A.

Y se retira.

—¡Pero esto es insufrible! grita el regente, á tiempo que entra en la estancia el brigadier Lopez Dominguez.

—Oiga Vd., querido Lopez Dominguez, dice el general; vámonos mañana al campo, á cualquier parte donde podamos hablar como hablan los hombres entre sí, porque estoy de regencia hasta la perilla.

El brigadier sonrie como diciendo: ¡qué remedio! Llega la hora de comer.

—¿A quién ha invitado V. A.? le preguntan.

—¡Qué sé yo! Ya no me acuerdo... ¡ah! Sí, creo que invité al cuerpo diplomático.

En efecto, los embajadores van entrando poco á poco y el regente preside la mesa... pero no come. ¿Qué ha de comer si está rabiando de verse como se vé?

La noche la pasa intranquila. A veces se levanta á las dos ó las tres de la madrugada, y se pasea por su cámara en calzoncillos.

Hay noches en que piensa:

—¿Qué dirian mis súbditos si me vieran así en calzoncillos y reflexionando las desventajas de mi posicion?

Y se acuesta murmurando:

—¿Cuándo pensará la mayoría darme la licencia?

¿No es esto una cosa horrible?

Se duerme, y sueña que otros hombres pasean por donde quieren y hablan de tú á sus amigos y compañeros, y comen á la hora que les dá la gana.

Se despierta; y vuelta á pasear y á dar patadas en el suelo.

¡Oh, qué aburrido está!

¡Oh, qué desesperacion la suya!

Algun vicalvarista inocente le suele decir cuando le visita:

—Vuestra alteza, en este elevado puesto, puede ayudar nuestra política y colocar en el trono...

—¿A quién, al duque de Montpensier, verdad? dice el regente. ¡Están Vds. frescos!

El vicalvarista se asombra y el regente añade:

—Pues ese es el error; creer que estando aquí y siendo lo que soy puedo proteger á ese hombre. ¡Cómo si ese hombre pudiera ser nunca nada!

## ELLO DIRA.

Quieto está el Gobierno, quieto sin saber á donde va, ni en lo que esto parar puede si es que esto llega á parar.

Quieto está el Gobierno, quieto como quien nunca tendrá motivos para moverse ó para correr, que es más. Dicele algun diputado que puede pasarlo mal y que es preciso moverse por lo que pueda tronar.

Y el Gobierno que no sabe de la misa la mitad

confia en su hueste unida, que es bastante confiar. Piensa el pobre que estas cosas pronto y bien se arreglarán cuando venga ese monarca que ha mandado fabricar.

Y entretanto el pueblo rie con malicia sin igual porque vé que la república sin remedio aquí vendrá.

Moderados y carlistas no descansan en su afan, y conspiran y se mueven y nos quieren destrozár. Y el Gobierno quieto, quieto, se entretiene en declarar que va á tener muy en breve calma, cuartos, orden, paz,

y otras muchas cosas nuevas que al país sorprenderán. La fraccion vicalvarista trabajando sin cesar se figura que muy pronto Montpensier nos regirá, y hay quien dice que á Sanlúcar van correos sin cesar, y que allí se alegran mucho de las nuevas que les dan. ¿Quién de todos los que piensan su deseo al fin lograr lo ha de ver en tiempo breve convertido en realidad? Quieto está el Gobierno, quieto; que le dejen descansar; ya veremos lo que pasa, lo que fuere sonará.

## SOBRE SUBVENCIONES.

**Exposicion respetuosa que dirigen al señor ministro de Hacienda los fabricantes de mondadientes de toda España, solicitando una subvencion, con los demás particulares que verá el que la leyere.**

Excmo. Sr.: Convencidos de que el Estado—y el gobierno en su representacion—ha de ser padre amoroso de todos y de cada uno de los ciudadanos, antes hubiéramos acudido á V. E. si el temor de distraer su atencion preciosa no nos hubiera contenido en los límites del silencio.

Sospechábamos además que cuando por todos y en todas partes se hablaba de economías y de reducciones de gastos, podria ser inoportuno reclamar una subvencion muy justa (como V. E. podrá estimar dentro de poco), pero acaso poco popular.

Hemos observado, sin embargo, y esta observacion nos ha dado aliento, que existen aun quienes reclaman proteccion para determinadas industrias y quienes votan subvenciones á ciertas empresas.

Pocas industrias, pocas, Excmo. Sr., han menester con más urgencia el apoyo material del Estado que esta de la fabricacion de mondadientes, industria que se halla en una lamentable postracion por razones que no se ocultan seguramente á la penetracion de V. E.

Inútil nos parece recordar que á los ojos de un buen padre son iguales todos los hijos, y de no serlo, ha de merecer más el que por sí solo consigne valer menos, y en este concepto se entienden las subvenciones á las infelices empresas que no alcanzan á realizar sus propósitos, empresas entre las cuales ninguna como la nuestra reúne simultáneamente la grandeza de su fin y la pequeñez de sus medios.

Sí, Excmo. Sr., creeríamos inferir una ofensa á su reconocido talento, si intentáramos demostrar la importancia, la inmensa trascendencia de la fabricacion en grande escala de *palillos para los dientes*.

Interesante es, á no dudarlo, la construccion de una vía férrea, ó la edificacion de un puente; justo, muy justo es que el Estado disponga del dinero del contribuyente para ayudar á las empresas particulares, que despues de haber acometido esas obras no pueden continuarlas por falta de recursos; pero, ¿qué podremos decir de la fabricacion de mondadientes, sino que en protegerla y estimularla está acaso la felicidad futura de nuestro país, y su grandeza y su encumbramiento?

Basta reflexionar un poco para comprenderlo así, y V. E. lo habrá comprendido ya seguramente.

El aseo de la boca y el cuidado de la dentadura, cosa son—y de esto da pruebas la ciencia de Hipócrates,—que contribuyen á la conservacion de la salud.

Sabido es tambien cómo y en cuánto la buena salud es causa de un excelente apetito.

Y ¿qué es considerar á diez y siete millones de españoles llenos de vida y de salud y con el apetito más envidiable?

De esta disposicion favorable al consumo ha de seguirse necesariamente un aumento en la demanda de comestibles.

Véase, pues, cómo el agricultor tendrá seguridad de colocar bien su cosecha.

Pero si el agricultor ha de satisfacer las necesidades de sus compatriotas, procurará aumentar la produccion, empleando, para aprovechar el tiempo, nuevas máquinas, y ya tenemos floreciente la industria fabril.

No es posible, por otra parte, desconocer el encadenamiento, el írtimo enlace que une todas las cla-

ses del Estado, el fabricante de máquinas necesitará primeras materias y acudirá á la industria minera y dará trabajo al bracero.

Desahogados el agricultor, el industrial, el fabricante y el bracero, no tardarán en buscar medios de satisfacer todas sus necesidades, y de aquí la prosperidad del comercio, y puede prosperar el comercio sin que prosperen simultáneamente las artes? Claro es que no.

Nada decimos de la ciencia, pues sabido es que la industria no da un solo paso sin que la ciencia le haya señalado el camino.

V. E. comprenderá despues de esto, si la fabricacion de mondadientes es ó no industria de verdadera importancia.

La agricultura, la industria, el comercio, el progreso en las artes, el adelantamiento en la ciencia, la grandeza, en una palabra, y el esplendor del país, todo depende, si bien se mira, de esa industria tenida en poco por espíritus superficiales.

Desgraciadamente esos espíritus superficiales no escasean; antes por el contrario, abundan de una manera lastimosa, y esto unido á otras circunstancias que no hemos de mencionar por no entristecer el atribulado ánimo de V. E., han traído nuestra industria á la más lamentable postracion, y dentro de poco nadie fabricará mondadientes.

¿Qué será entonces de España?

El mejoramiento de una industria influye necesariamente en el mejoramiento de las demás: cuando una industria se destruye, grandes crisis amenazan á todas las otras, y alteraciones graves y sacudidas violentas experimentará el país.

Sin mondadientes, la salud de los ciudadanos se alterará.

El consumo del producto agrícola disminuirá en gran parte.

El agricultor empobrecerá;

Y no podrá adquirir máquinas;

Y languidecerá la industria;

Y morirá el comercio;

Y perecerán las artes;

Y no habrá ciencias.

¡Cuadro desconsolador!

Por esto y antes de que nuestros tristes vaticinios se hayan cumplido, acudimos á V. E. en solicitud de una pequeña subvencion que, aun distrayendo los fondos del contribuyente de otras atenciones, dará vida á esta industria nuestra que, como hemos probado, es la base de nuestro mejoramiento progresivo moral y material.

Somos de V. E. con la mayor consideracion,

Por los fabricantes de palillos para los dientes

A. SANCHEZ PEREZ.

## CANCION DE MONTPENSIER.

Je suis Montpensier, el hombre fiere  
que valiente se croi.

Quiero ser rey comme mon père,  
cachons ma colere...  
jils vienen por moi!

Yo hice en Afrique ma campagne  
dans le espacio de un mois,  
soldat, yo arribo á la cucagne  
dans la noble Espagne  
avec Santaná.

S'il me fait de desaire Andalusie  
je fait le Suedoi,  
et purtant mirad la comédie  
que acaba en tragedie:  
—jils vienen pour moi!

Il me viene gana de un trone  
y monto quelque jour:  
A mon sort je me abandone  
et pour ça de Lisbonne  
je suis de retour!

Je sufrí de grande resgrete  
en me viendo en exil,  
il me reste mon ami Topete,  
y espero qu'il me fiete  
san ningu peril.

Yo é depensé beaucoup dinere  
pou arriber á roi;  
j'entend cheval á la carriere...  
joh, mon Die! ¡Lance fiere!  
¡¡No viennent pour moi!!



—El Sr. duque de Montpensier cenó anoche, después de haber encendido una vela de esperma.  
 —Eso es mentira.  
 —¡Hombre, muchas gracias! ¿No vé que lo dice *La Correspondencia*?  
 —¡Pero venga Vd. acá, alma cándida! ¿No comprende Vd. que si cenara de noche, dejaría de hacer todos los actos de su vida á la luz del día como acostumbra?  
 —Me ha convencido Vd. Mañana mismo pongo un comunicado diciendo que se ha padecido una equivocación, que S. A. cena de día.

LOS PAPAS. (1)

(Continuacion.)

Celestino III fué acusado falsamente de avaricia, solo porque el emperador Enrique IV le pagó, es decir, le mostró su agradecimiento con cierta cantidad de oro.

El Papa había perdido mucho tiempo y había hecho valer sus relaciones para que Enrique alcanzase la corona, y si bien Enrique descubrió ser un perverso, no lo fué tanto que de un modo ú otro no quisiera dar á conocer á Celestino III cuán obligado le dejaba.

Como no nos mueve la pasión, no disculparemos aquí á aquel soberano.

Cierto que hizo desenterrar el cadáver de Tancredo para mandarle cortar la cabeza por mano del verdugo; cierto que al hijo de éste, Guillermo, de muy pocos años, le mandó sacar los ojos, después de haberle infertilizado; cierto que al conde Jordan le condenó á un suplicio horrible, haciéndole sentar en una silla de hierro enrojecida al fuego y haciéndole ceñir una corona de hierro ardiendo que le fué clavada en la cabeza misma; pero el Pontificado no tenía que ver con esto: el soberano temporal no tenía que ver con él sino el haberle comprado, es decir, el haber recibido de él la corona.

Inocencio III hizo predicar cruzadas contra los infieles; supo atraer á las arcas pontificias el oro que en manos de los seglares les facilitaba medios para pecar, y tuvo tratos con Saladino, para que los Santos Lugares no fuesen á parar á manos del emperador de Alemania.

En ese Pontífice se ha ensañado la secta impía, derramando sobre él todo género de calumnias.

(1) De *Los Cachivaches de Antaño*. Se suscribe á la obra enviando 10 reales al editor, Beatas, 12.

Porque fué sagaz le han llamado hipócrita: ¡porque fué despreocupado, le han hecho aparecer como sacrílego!  
 ¿Necesita, empero, defensa ante la opinion sensata del mundo católico?

No.  
 Baste decir que á él debe el cristianismo el establecimiento del tribunal de la Inquisición; á él se debe la gloriosa cruzada contra los herejes albigenses; él desposeyó de sus Estados á Raimundo VI, conde de Tolosa; él dió al patriarca Santo Domingo el encargo de que dejase á los valdenses persuadidos y desengañados, ó estinguidos si era menester, por el hierro, el fuego y cualesquiera otros medios eficaces.

Tributemos de paso el debido honor al patriarca Santo Domingo, que entró en Bezieres con la imagen del Crucificado en una mano y una antorcha en la otra, y enardeció con su elocuente peroración á los cruzados, de tal manera, que la ciudad quedó reducida á impías pavesas, y debajo de ellas perecieron sepultados sesenta mil herejes.

Los ejércitos de la fé penetraron igualmente en Tolosa, Carcasona, Alby, Castelnaudary, Narbona, San Gil, Arles, Marsella, Aix y Aviñon, y en todas partes dejaron muestras de que no iban impulsados por esos mezquinos sentimientos terrenales, que apenas sirven para cosa de provecho, sino por la fé divina, por aquella virtud sobrenatural que ha producido las guerras más maravillosas y poéticas que registra la historia.

Entonces si que ¡estoy seguro de ello! entonces si que el Pontificado iba estendiendo la civilización y la cultura por el Occidente de Europa.

Y Raimundo de Tolosa tuvo que prestar el debido homenaje al representante de Dios en la tierra, y ante el legado del Papa fué conducido descalzo y desnudo de medio cuerpo arriba, y recibió los azotes merecidos por sus pecados, y atado con cordeles tuvo que dar vueltas alrededor de la

sepultura de un fraile que había perecido á manos del pueblo.

Gregorio IX tuvo una corte esplendorosa donde brilló lo que entre los profanos se llama lujo corruptor, y que aplicado á los eclesiásticos no es en verdad sino el decoro indispensable á la Iglesia y á sus ministros.

Para lograr tan alto objeto estudió profundamente la teoría de la contribucion, y entre lo que le supo dictar su natural despejo y lo que le auxilió la divina gracia, se hizo pagar tributos por Francia, Inglaterra y Alemania.

¡Lástima grande que las circunstancias comprometidas en que la fé se hallaba y las exigencias que consigo trae la salvación de las almas le obligasen á excomulgar á unos reyes, diesen margen á sublevaciones de pueblos, y concediesen á la impiedad el triste aunque pasajero triunfo de arrojar de Roma á tan excelso Pontífice!

Raimundo VII de Tolosa era tenido vulgarmente por católico; pero el ser hijo de un protervo y ciertos rasgos de su conducta hicieron sospechar que no eran bastante piadosas sus creencias.

Pues bien, para no vivir el Papa con el continuo escozor de si dejaba ó no impunes las maldades que acaso podría cometer Raimundo, le quitó los Estados y envió gente de su confianza al Languedoc y á la Provenza, para sostener magníficas guerras.

Defendióse Raimundo como un energúmeno, y el Papa habría alcanzado un nuevo y completo triunfo para la ortodoxia, si el pueblo, veleidoso siempre, no se hubiese negado al fin á pagar los tributos que el Pontificado le imponía.

El Papa podía jurar que no les pedía mas que lo justo; pero el pueblo se obstinó en su avaricia, y cuando los pue-

blos dicen que no resueltamente, todo el poder de los Papas no es capaz...

Pero no prosigamos. Ignore la plebe lo que para su propio bien no conviene que sepa.

La mayor prueba de discrecion la dió Gregorio en aquellas circunstancias.

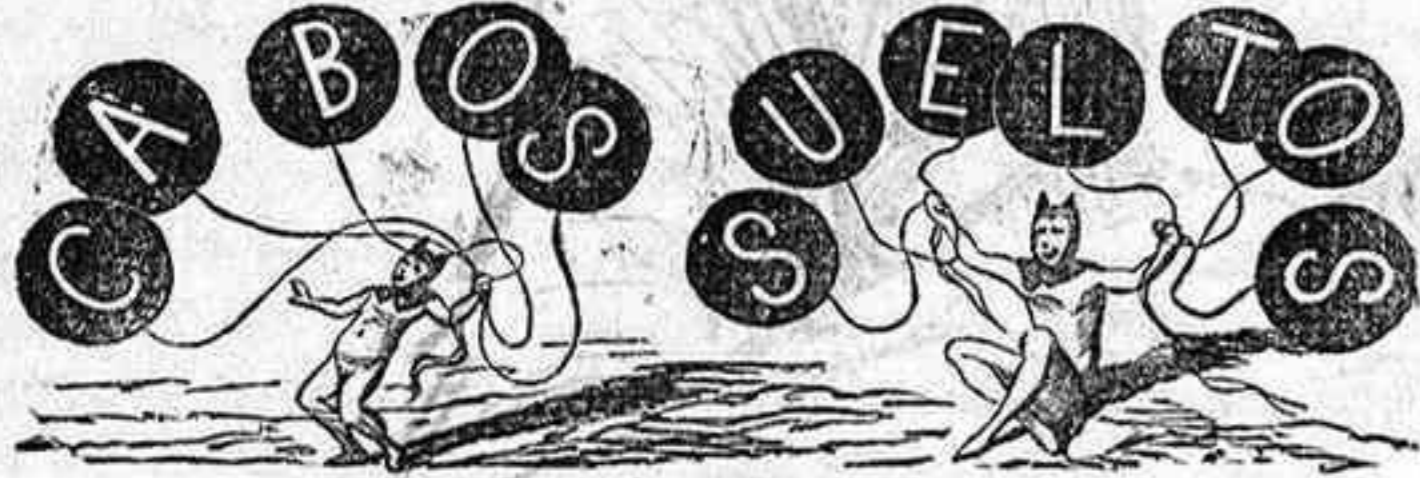
Firmó una especie de paz con Raimundo, y para que no se dijera que cedía por una parte y era exigente por otra, en cambio del beneficio del ansiado reposo que le concedía, solo le pidió un poco de aquel vil metal que llaman oro.

Raimundo se convino en pagar diez mil marcos de plata al legado del Papa, dos mil á la abadía del Cister, mil á la de Gran Selva y trescientos á otra; con cuyo leve desembolso alcanzó del Pontífice el perdon de todos sus pecados, segun consta por la escritura que por ambas partes se firmó bajo la grande arcada principal de la Iglesia metropolitana.

¡Qué baratura!

(Se continuará.)

ROBERTO ROBERT.



Pero señor, decían el otro día los diputados, ¿qué sucede? ¿Qué motivo hay para el discurso del señor Ramos Calderon?

Y el Sr. Ramos Calderon dale que le darás, y poniendo á los presupuestos y al gobierno como un trapo.

—En mi vida he oido discurso más feroz—dijo Ruiz Zorrilla.

—Importantillo es el discursillo—decía Topete.

Y la mayoría:

—¡Qué exabrupto!

Y la minoría:

—¡Qué jaleo!

Y Ramos Calderon, dale que dale.

Nosotros, observadores profundísimos, hallamos en el discurso del Sr. Ramos Calderon dos cosas importantísimas.

Una al principio y otra al fin.

Decía al empezar:

—Hoy ceso de ser empleado: mi plaza ha quedado suprimida.

Decía al concluir:

—Yo deseo ser empleado si el gobierno cree útiles mis servicios.

A lo cual pudo haber dicho el gobierno:

—¡Hijo mio, si tus servicios son como el que hoy nos has hecho, qué flacos serán!

Son unos servicios que necesitan tomar la Reválida Arábica de Dubarry de Londres.

Vuélvese á hablar de nuevos ministros de Ultramar y de Gracia y Justicia.

Esos pobres empleados del ministerio de Ultramar no ganan para sustos.

¡Tan liberalotes que son y tan revolucionarios!

El Padre Santo acaba de cometer una ligereza digna de cualquier padre de familia.

En su última alocucion (¡son tantas!), se lamenta de la intolerancia del Czar de Rusia, al propio tiempo que se queja de la tolerancia decretada en la Constitución española.

Ahora, católico español, tapa estas dos ideas con un bonete para que no vea el mundo que están dándose de sopapos.

¿A qué ha venido el Sr. Mon?

Cada día entra un moderado en España. Cada moderado que entra viene á conspirar. Y cada moderado que sale se lleva el dinero.

Me estoy temiendo que el día ménos pensado nos diga un periódico:

—Ayer llegó á esta capital doña Isabel de Borbon, hospedándose en el gran hotel de la plaza de Oriente.

¡Entonces si que podemos inaugurar el Panteon nacional!

Francamente, es una cosa que dá lástima ver cómo piden las carteras ministeriales algunos periódicos para sus amigos, y algunos diputados para sí mismos.

La desfachatez política ha llegado á tal punto, que ya el que no pretende ser ministro se desacredita.

Los telegramas de Paris escasean.

Hay quien dice que por allí hay una rebujina de todos los demonios.

Pero yo creo otra cosa. Yo creo que los franceses chillan mucho y hacen muy poco.

Dicen que está preso Rochefort, y esto produce grandes escándalos.

Aquí hemos estado presos todos y sentenciados á muerte, y cosas así, y no hemos dado gritos, ni escándalos, ni nada.

Hemos tomado las cosas en serio, y hemos hecho la revolucion de Setiembre. Revolucion pacífica, pero que ha derribado el trono.

Me va cargando á mí que se dé tal importancia á las cosas de los franceses.

Se habla de nuevos ascensos concedidos á militares.

¡Por compasion! ¡Por piedad! ¡Que me cuesta ya mucho trabajo pagar el trimestre!

La ex-reina no abdica; dicen los periódicos.

Hace muy bien. Con eso está todo arreglado.

—Pero (les preguntaria yo á los periódicos) ¿qué le importa á nadie que la reina abdique ó no? ¿Qué empeño tienen Vds. en darle importancia á esa mujer?

Mientras la prensa liberal se ocupe tanto de la vida íntima de Isabel de Borbon, no me convenzo de que se haya ido para siempre la susodicha.

Diriase que le quedan aficionados en España entre la gente que la ha echado.

Esto es eminentemente ridículo. Pero muy ridículo.

Sucede una cosa verdaderamente estraña.

Están entrando en España las boinas á millares. En todos los pueblecillos de Aragon, Navarra y Cataluña se levantan partidas de carlistas. Y sin embargo, no hay ni el menor asomo de guerra civil ni de campaña formal y decisiva.

Voy creyendo que todas las boinas que entran por la frontera, son para el guardarropa del teatro de los Bufos.

El señor Martin de Herrera dice que él se marcharia en el momento que viera que toda la mayoría le dijese que se fuera.

Y al mismo tiempo yo sé, que so color de indicarle unos baños, toman pié todos, para preguntarle:

—¿Por qué no se marcha usted?

Rios Rosas está delicado estos dias.

Sin duda por eso decía el general Prim el otro día dirigiéndose á un diputado:

—¡Las cosas del gobierno son muy delicadas!

Se murmura que Martin Herrera y Silvela no saldrán del ministerio porque Rios Rosas es un hombre temible.

¿Quién se pone mal con un hombre así?

El gobierno se ha propuesto ser muy prudente.

La *Epoca* llama reina á doña Isabel.

La *Esperanza* llama nuestro rey legítimo á don Carlos.

La *Correspondencia* llama príncipes á los hijos de Montpensier.

Y yo le llamo poeta al conde de Chestre.

Todo esto me parece muy bien... con tal que se quede en dicho.

El general Prim ha hecho la oposicion al ministerio de Hacienda,

Y al ministerio entero,

Y á la mayoría,

Y á sí mismo.

A pesar de la fuerza de oposicion del general Prim, solo ha habido una dimision:

La del sentido comun.

Entró Martin Herrera, hizo una circular muy retrechera, y causó tal efecto en el Congreso, que se quedó el concurso patitieso. Si esto es al empezar, ¿qué será, don Antonio, al acabar?

El general Prim pagó el otro día los 6.000 duros que importó el telegrafo durante su cacería en semana santa.

Cualquiera contribuyente hubiera pagado recargos por ese retraso.

¿Por qué goza el general Prim el privilegio de pagar lo que debe al Erario cuando le parece mejor?

Dicho esto, seamos justos.

Cuando el general Prim ha tardado tanto en pagar esos 6.000 duros es señal de que no le sobra el dinero.

Publica *La Epoca* un largo artículo declarando que la mejor solucion para España seria la monarquía de Alfonso XII.

Y por un resto de pudor disculpable, se abstiene al final de lanzar el grito que le retoza en el alma.

«Esto sería (dice *La Epoca*), reconstruir el edificio de la monarquía con materiales que nadie pudiera rechazar legítimamente.»

¡Es cuanto me quedaba que oír!

Ignoro qué materiales serán esos, habiendo sido tantos los artistas que han trabajado en ese edificio monárquico.

Por de pronto, la opinion señala estos materiales con el nombre de *Puigmoltejo*.

¿Pero qué legitimidad es esta?

Después de todo, créanos *La Epoca*, la candidatura de Alfonso solo puede discutirse en ciertas casas de la calle de gitanos ó de la Travesía de Sevilla.

¡Pensar en el *Puigmoltejo*!

¿Para cuándo se queda lo de España con honra?

*La Epoca*, con esa candidez que muchos toman por malicia, dice en el artículo á que antes me refero, que todo se hubiera arreglado nombrando rey al *Puigmoltejo*, al mismo tiempo que se nombró regente á Serrano.

¿Y por qué se hubiera arreglado todo?

¿Por qué nos costaria ya unos cuantos millones el sostener la apreciable familia de *Puigmoltejo*, en la que se cuenta, al parecer, ese papa (sin hijos) que pesca á su esposa los aderezos para venderlos en las platerías?

¡Bonita solucion se le ocurre á *La Epoca*!

¡Que todo estaria arreglado con nombrar rey á ese niño!

¿Resultarian por eso economías?

Pues aquí no hay más cuestion que la de economías.

La de libertad está ya resuelta.

## PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Lanzafuego*.

### CHARADA.

Produce cierto valle castellano riquísima manteca; y con ella te doy, lector querido, mi sílaba *primera*.

En mi *segunda* y *tercia* á los actores de ciertos espectáculos encierran, para que puedan ver los españoles, una *agradable* fiesta.

El *todo* pertenece á los pastores, y en rústica vivienda, son sin duda los pobres más felices que en su palacio un César.

(La solucion en el próximo número).

### Correspondencia del GIL BLAS.

D. S. A. (Barcelona) —Recibi la carta: entregaré al Sr. Snñer y Capdevila el documento que remite, y que es todo un señor documento. Contesté á su carta antes de su viaje (suponiendo que el año pasado, cuando no habia libertad, lo hice tambien con otro de Bilbao. Y ahora, si el Sr. Puigmoltejo insiste en guardarse cerca de *dos mil reales* que nos debe, insistiremos publicando su nombre, como publicáramos el de Vd., si no hubiese tenido vergüenza de estamparlo en la carta.

A una carta anónima, (Jerez) —Llama Vd. abuso de la libertad de imprenta el haber puesto al frente del periódico el nombre del que se guarda nuestro dinero. ¡Qué demonio! Pues le advierto que el año pasado, cuando no habia libertad, lo hice tambien con otro de Bilbao. Y ahora, si el Sr. Puigmoltejo insiste en guardarse cerca de *dos mil reales* que nos debe, insistiremos publicando su nombre, como publicáramos el de Vd., si no hubiese tenido vergüenza de estamparlo en la carta.

### BALNEARIO DE SAN FELIPE.

### DIRECCION FACULTATIVA.

### BAÑOS DE VAPOR.

Son un excelente medio para combatir con prontitud los dolores reumáticos, las afecciones sifilíticas y nerviosas inveteradas, los herpes y las escrófulas.

La facilidad de saturar el vapor con los varios principios medicamentosos que constuyen las aguas minerales naturales, hace que estos baños sean su mejor sustitutivo para los enfermos que, por cualquier motivo, no pueden trasladarse á dichos manantiales.—2.

### BAÑOS PORTÁTILES Á DOMICILIO.

HILERAS, NÚM. 4.

Se sirven con la mayor puntualidad y limpieza.—Precios: 10 rs. por abono, y 12 sueltos.—2.

MADRID: 1869.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.